

UN POCO DE HISTORIA

Jacinto Pérez Merino "Pinilla"

Por tener un contenido de misterio y estando los seres propensos a dejar correr la imaginación sobre lo esotérico, es por lo que traigo a estas páginas de la revista *Oarso* la historia del enigmático médico alemán Gotfried Knoche, graduado en la Universidad de Friburg, quien había venido a Venezuela en 1840 contratado para prestar sus servicios médicos en el Litoral Central.

A poco de llegar de Francia en 1948 y dadas mis aficiones por el montañismo, empecé a tener contactos con excursionistas miembros del "Centro Excursionista de Caracas". Algunos de éstos, en nuestras salidas dominigueras, me solían mencionar que en un paraje en plena Serranía del Cerro El Ávila existían unas ruinas que fueron mansión-laboratorio del doctor Knoche.

En sus días libres el médico solía ir de paseo a la montaña, hasta que después de haber ejercido la profesión por más de veinte años, resolvió retirarse a una pequeña finca que adquirió en una zona boscosa bajo el Picacho del Gavilán, desde donde podía verse un espléndido paisaje del mar, el puerto y las poblaciones de Maiquetía y Macuto. Allí construyó una casa estilo "Selva Negra", la cual debió recordarle su país de origen. Y es precisamente en este lugar donde reactiva sus experimentos con un líquido momificador de su invención que había ensayado ya con algunos animales. Al morir su esposa considera que ha llegado el momento de probarlo en seres humanos y le inyecta el líquido en la yugular, lo cual impide que el cadáver entre en descomposición.

Recuerdo que tanto el ya fallecido cronista de la ciudad, Guillermo José Schael, como Rafael Romero, activo miembro del "Centro Excursionista", en esporádicos encuentros por la Cima El Ávila, me daban detalles sobre las misteriosas prácticas que se llevaban en esa zona boscosa. Como es de suponer, esto hacía que a la primera ocasión que el Centro programase una excursión yo no me la perdiese. Mas pasa el tiempo y al enfermarme decido tomarme unas vacaciones viajando por vía marítima a la isla de Tenerife, donde mi permanencia ha de durar cinco años, vigorizando mi espíritu con actividades de montaña como socio del "Grupo Montañero de Santa Cruz". Es así como en el verano del año 1967, tras organizarse un Campamento Internacional de Montañismo bajo el auspicio de la Federación de Deportes de España y la entusiasta colaboración de los montañeros santacruceños,

nos dirigimos a la Caldera de Taburiente en la isla de Palma (Gran Canaria) y por último a las Cañadas del Teide, donde participaba un grupo de montañeros entre los cuales se encontraba el amigo Boni Otegui con su esposa, todos ellos pertenecientes al "Grupo de Montaña Urdaburu" de Rentería. Para mí, su presencia fue una gran satisfacción.

El año 1968 las autoridades de Santa Cruz, al considerarme extranjero dada mi nacionalidad venezolana (tiempos del franquismo), me conminan a salir de España y un 25 de diciembre por la noche me embarco rumbo a Venezuela.

Al tomar de nuevo contacto con el "Centro Excursionista de Caracas" trabo conocimiento con el doctor F. Milá de la Roca. Éste era un pintoresco personaje, al mismo tiempo que muy afable, a quien en sus salidas siempre se le veía con una rueda de bicicleta que al añadirle un dispositivo contabilizaba los kilómetros que se realizaba en cada



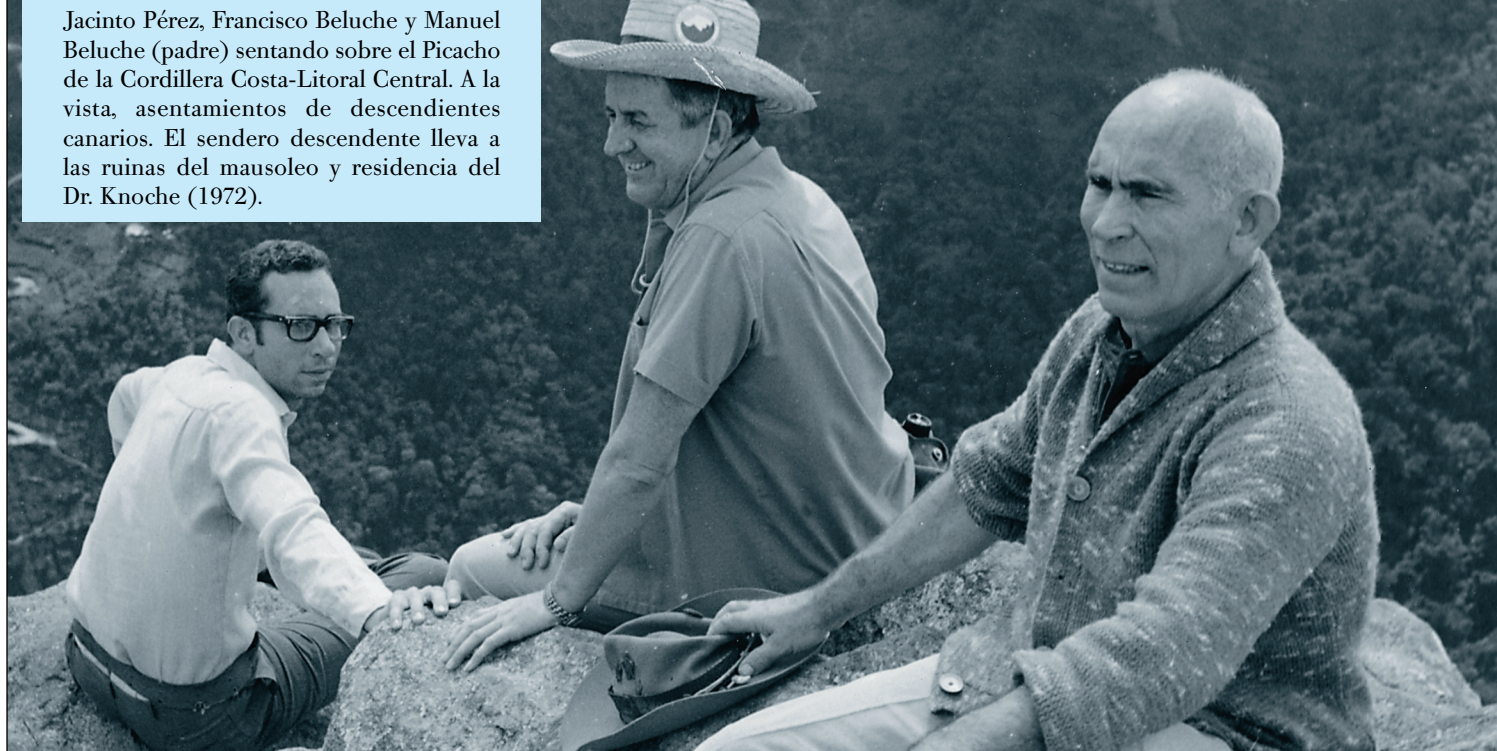
Jacinto Pérez Merino en el Picacho del Galipán (1972).

excursión. Muy notable, porque así el Centro lo tenía presente para la duración de cada excursión.

Un día me llama por teléfono y me comunica que se ha programado la excursión tan deseada por mí. Me dice: *El próximo domingo debes estar en la estación del teleférico de Maripérez, hora 7 a.m.* Por supuesto que no falté a la cita.

El día se presenta radiante de sol, no apetecible para caminar. Esperemos que la brisa del mar nos libre del agotador caminar por senderos que bajan y suben. Tras

Jacinto Pérez, Francisco Beluche y Manuel Beluche (padre) sentando sobre el Picacho de la Cordillera Costa-Litoral Central. A la vista, asentamientos de descendientes canarios. El sendero descendente lleva a las ruinas del mausoleo y residencia del Dr. Knoche (1972).



un trasbordo al teleférico de la cara norte, con vistas al mar, descendemos del vagón. La estación o apeadero es “El Cojo”. Rafael Romero, conocido miembro del “Grupo Excursionista” y de familia muy antigua de Caracas, me indica con su bastón la mole de la montaña que se denomina el Picacho del Galipán, bajo esa mole donde empieza la parte boscosa, me dice, *hay que ir por ahí para dar con las ruinas del laboratorio y mansión del doctor Knoche, para eso debemos descender por ese tortuoso sendero y remontar después por allí, donde se ven finquitas de labriegos descendientes de los primeros colonizadores provenientes de las islas Canarias. Debes ser precavido con las serpientes, pues tú –según te veo– tienes afición a la caza de mariposas.* Llevo conmigo la red, para intentarlo.

Llevábamos como tres horas caminando cuando al fin llegamos a la parte boscosa. Arriba la gran mole del Picacho hace que abruptamente cese la luz brillante del litoral y sea sustituida por una persistente neblina. La vegetación cambia de xerófila a tropófila, y de ésta a selva nublada. Se encuentran con frecuencia enormes piedras y una riqueza inusitada de especies arbóreas y arbustivas en las que en algunos árboles distinguimos algunas orquídeas de exuberante belleza y de difícil acceso. Camino a la vanguardia del grupo, a pocos pasos de mí el doctor Milá me dice que ya estamos próximos al mausoleo de Knoche, *¡Mira! –me dice– justamente por encima de ti, en ese enorme peñasco.* Creí que se refería a una gran mariposa de fosforescente color azul en sus alas. Estaba señalándome algunas ruinas y al ascender sobre la roca nos topamos con el mausoleo todavía en pie y dentro con seis nichos vacíos. La puerta de hierro forjado se encontraba por el suelo, entre matorrales. Lo que se presentaba ante nosotros eran paredes de lo que otrora fue residencia del doctor Knoche y de sus familiares.

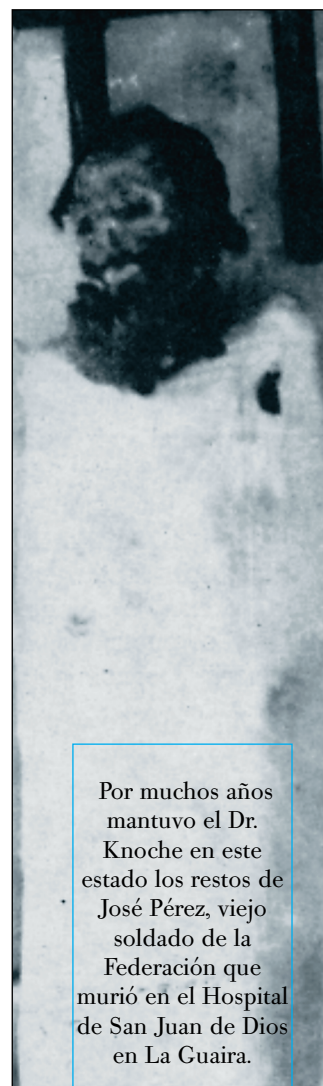
El vandalismo debió florecer al morir la última persona, que fue el ama de llaves. Recuerda Romero que en aquella tétrica mansión vivía aún, rodeada de muertos, la señora Amalia Weismann. En julio de 1926, poco antes de expirar, llamó al cónsul alemán, quien subió acompañado por el señor Carlos Henrique Reverón y, tras escuchar de la anciana el secreto de aquella mansión, pidióles ésta que, como último deseo, tomasen posesión de la casa y sus restos fuesen incinerados y arrojadas las cenizas al mar.

El doctor Federico Milá de Roca, quien en otros tiempos visitó las ruinas de la mansión, cuenta que Knoche se comportó profesionalmente con gran espíritu humanitario. Trabajaba intensamente en el perfeccionamiento del líquido momificador de los cadáveres, lo cual permitía su preservación indefinida.

En uno de sus frecuentes viajes a La Guaira tuvo noticias del fallecimiento en el hospital de José Pérez, antiguo soldado de la guerra federal, cuyo cadáver no fue reclamado. Por la noche, el médico alemán lo montó en una mula, trasladándolo cuesta arriba hacia su casa, donde lo sometió al tratamiento momificador. Contrariamente a lo que se suponía, en lugar de dejarlo al lado de su difunta esposa, le puso un raído uniforme y tras colocarle un viejo fusil a la bandolera, lo fijó a la entrada de la casa a fin de que “inspirara respeto” ante los ocasionales viajeros. Allí lo vieron algunos excursionistas como

Rafael Romero, Soriano, Marco Tulio, y otros fundadores del CEC en la década de los treinta.

También es historia que, además de su esposa e hija que le acompañaban en la mansión, más dos enfermeras ale-



Por muchos años mantuvo el Dr. Knoche en este estado los restos de José Pérez, viejo soldado de la Federación que murió en el Hospital de San Juan de Dios en La Guaira.

manas, preservó la forma física *post-mortem* de dos ilustres venezolanos: Tomás Lander, fundador del periódico *El Venezolano*, y el que fuera presidente constitucional de esta nación, Francisco Lináres Alcántara. Al cadáver de Tomás Lander lo dejó en posición de escribir, hasta que el presidente Guzmán Blanco ordenó en 1876 que fuera sepultado.

Fue esta casa de Galipán escenario de ciencia y de misterio protagonizado por un enigmático personaje como el médico Knoche, cuya fórmula secreta para evitar la descomposición de la materia se la llevó al sepulcro sin compararla con otros.



Una linda excursionista posa al lado de una de las momias del Dr. Knoche, en su quinta "Bella Vista", enclavada en un paraje solitario de El Ávila, frente al mar.

Como entusiasta de la práctica del montañismo desde mi adolescencia, siempre que me lo permitía el trabajo me dirigía al Cerro El Ávila, tras alcanzar éste por el teleférico. Unas veces tomaba la dirección oeste para llegar al Pico del Galipán en cuyas faldas, mirando al norte y al mar, se asientan las ruinas de lo que fue la finca del doctor Knoche. En otras ocasiones me dirigía hacia el este, donde a una altura de 2600 metros se levanta el Pico de Naiguatá. La cima en este trayecto no es muy ancha y abruptamente, tanto por un lado como por otro, tiene un ángulo de inclinación muy notable que en el invierno tropical es fuente de deslizamientos por la erosión que las aguas pluviales generan en esa época del año.

Lo reseñado viene como preámbulo a lo que sucedió la noche entre el 15 y 16 del mes de diciembre de 1999. Un evento natural que derivó en tragedia para las poblaciones del Litoral y en algún punto de la capital.

El fenómeno se originó en la parte alta del Ávila y por eso logró ganar velocidad en la bajada y arrastrar prácticamente todo lo que estuviera a su paso. Enormes árboles arrancados de sus raíces por las enormes rocas que se desprendían por la erosión aumentaron por las incandescentes lluvias, mientras la nubosidad coronó durante 16 días las partes altas.

La parte superior de la montaña actúa como una esponja. Con las continuas lluvias, la capacidad de absorción se colapsa, generándose una especie de tobogán que con fuerza llega a las bases de la montaña donde durante siglos los sedimentos desprendidos de la misma han fomentado, cerca del mar, pequeños espacios planos en

donde se han creado pequeñas comunidades cuyos habitantes se dedican a la industria hotelera de servicios en toda la costa del litoral y mayormente al servicio de las residencias de la clase media.

¡Qué lejos estaban sus pobladores de imaginarse el desastre que se les vino encima en pocas horas! Muchos de ellos, quizás, llegaron a pensar en sus últimos momentos de vida que el fin del mundo había llegado. Profetas de desastres venían anunciando, en estos últimos tiempos, que el apocalipsis estaba próximo y en realidad todo el Estado Vargas fue un caótico desastre de desolación y muerte. Según estimaciones oficiales de los primeros días, el número de muertos se elevaba a 40000 y los desaparecidos a 7000, siendo 250000 los damnificados.

La solidaridad internacional estuvo presente desde el primer momento de la tragedia y el pueblo venezolano se volcó masivamente a ayudar a sus hermanos en la desgracia. Se organizó el rescate aéreo participando un número aproximado de 80 aparatos. La Marina,

por su parte, intervino con dos o tres fragatas en un constante ir y venir para rescatar a miles de damnificados que no tenían otra salida que por aire y por mar, ya que todas las vías se habían colapsado e incluso una porción de la autopista de Caracas había caído al litoral.

Se puede indicar que la llamada *Casa Guipuzcoana* se salvó del desastre por tener en su parte trasera, y a escasos metros, un farallón. Allá por arriba, con la furia de la naturaleza, no sé qué quedará de la otrora mansión del doctor Knoche, ni de las enormes piedras¹ que en la cima próxima al Picacho de Naiguatá llaman la atención por su redondez, apiñadas unas sobre otras en un semicírculo de aproximadamente 40 metros. ¿Cómo llegaron ahí?, no lo sé. Se me dice que pudo ser por la erosión sufrida durante miles de años.

El periodista Walter Martínez, en su programa televisado *Dossier* por las noches, se despide con esta frase: *Cuidemos esta única nave espacial donde navegamos todos. ¡No lo olviden!*

Quienes hayamos tenido ocasión de ver en la pantalla chica los horrores de tantas calamidades en este planeta, pensemos que la naturaleza, tarde o temprano, pasa factura.

+++++